dental del Pacífico, y el punto de partida de la Compañía central del Pacífico, que extiende su línea al este, hacia las Montañas Roquizas. Allí están los almacenes de la Compañía, que ocupan una gran extensión de terreno. Dícese que son muy completos y cómodos.

Muchos viajeros de nuestro tren que habían subido en San Francisco ó en las estaciones intermedias, bajaron allí, y yo experimenté gran alivio al observar que entre ellos estaban los chinos, que nos libraron así de sus desagradables emanaciones. Después de una corta parada y recomposición del tren, nos pusimos otra vez en marcha y remontamos la vertiente de Sierra Nevada, la Suiza de California.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO XXIV

Á TRAVÉS DE SIERRA NEVADA

Ascensión rápida. — Puentes de caballete. — Perspectivas de montes. — Los placeres. — Puesta de sol. — El cabo de Horn. — Alta. — Las sierras de noche. — Cambios de temperatura. — Vertederos de nieve. — La cima. — Reno. — Desayuno en Humboldt. — La salvia. — Monte-Batalla. — Los indios *soshones*. — *Ten mile cañón*. — Estación de Elko. — Gran desierto americano. — Llegada á Odgen.

Hemos empezado ya la ascensión del país montañoso y áspero que separa los Estados del este y del oeste de la Unión, y aunque el ferrocarril central del Pacífico ha sido recientemente construído y completado, resulta una de las más grandiosas obras ferroviarias de nuestro tiempo. Conforme avanzamos, el paisaje cambia rápidamente. En vez del llano y relativamente monótono país que, durante algún tiempo, hemos atravesado, franqueamos ahora profundas angosturas, trepamos por escarpadas pendientes y atravesamos hermosos valles. A veces parece que estamos encerrados entre montañas con una barrera impenetrable ante nosotros. Pero nos precipitamos en un túnel y salimos pronto al otro lado, para encontrarnos costeando el borde del precipicio.

Lo que me sorprendió mucho fué la aparente sutileza de los puentes de caballete por encima de los cuales franqueábamos los barrancos, en cuyo fondo saltan los torrentes de la montaña, á unos cincuenta ó cien pies debajo de nosotros. La primera vez que vi tales pasos me estremecí completamente. Estaba en la plataforma del último coche contemplando el paisaje que se desvanecía detrás de mí, un valle sinuoso y cerrado por las montañas cubiertas de pinos, que hacía algún tiempo estábamos ascendiendo, cuando bajé la vista al camino, y, en vez de la tierra firme, por los intersticios del puente de caballete, ¡vi el suelo á una profundidad lo menos de sesenta pies! La ruta de madera tenía solamente el ancho de la vía única, de modo que, mirando por las ventanas de cualquier lado del coche, se hundía la vista en el espacio profundo de unos sesenta pies. Los caballetes del puente están en algunos casos asentados sobre piedra, pero muchas veces no. No es fácil describir la sensación que se experimenta la primera vez que se siente uno transportado por encima de esos temblorosos viaductos, con la hermosa perspectiva de alguna profunda garganta de montaña, y con la posibilidad de precipitarse súbitamente en una tenebrosa sima al otro lado del caballete. Pero la costumbre es todo, y al poco tiempo me acostumbré por completo á la sensación de mirar por los intersticios que presentan las maderas de la línea, los terrenos quebrados y los torrentes de la montaña que saltaban á una profundidad de cien ó más pies debajo de nosotros.

CAPILLA ALFONSINA

Salimos de Sacramento á las dos de la tarde y se nos hizo de noche conforme nos internábamos en las montañas. Mucho antes de la puesta del sol, vi todavía numerosas huellas de grandes *placeres*, en que vertientes enteras de montañas han sido minadas y lavadas en busca de oro, para lo cual se hubo de llevar el agua á la cumbre por varios ingeniosos procedimientos. A menudo encontramos señales de actividad minera en las corrientes de agua conducidas á través de los valles á mayor altura que nosotros, en acueductos de madera sostenidos por caballetes semejantes á los que atravesamos con frecuencia. Una vez vi un grupo de hombres que trabajaban solícitamente en la vertiente de una montaña y se disponían á soltar el agua sobre el terreno aurífero que estaban explorando.

Permanecí más de dos horas en la plataforma trasera del tren sin cansarme de contemplar el maravilloso paisaje que continuamente se alejaba de mi vista; á veces la ruta desaparecía por completo al rodear una curva, y luego, mirando hacia delante, encontraba una perspectiva enteramente nueva que se ofrecía á nuestras miradas.

Nunca olvidaré el hermoso cuadro de aquella tarde, cuando el dorado sol fué sumergiéndose hacia la costa del Pacífico. El grandioso disco rojo se hundió pausadamente detrás de una loma baja en el extremo del valle que se extendía á nuestra derecha en lontananza. Los pinos se enrojecieron por breve tiempo á la luz moribunda del sol poniente; luego la cálida é incierta cla-

ridad fué perdiéndose lentamente en el horizonte, y todo se acabó. El cuadro pareció entonces más triste, las montañas más ásperas, y todas las cosas presentaron un aspecto más desolado que antes.

Seguíamos subiendo por las pendientes de las montañas, siguiendo sus recodos, siempre más arriba, y los montes eran cada vez más escarpados y salvajes, y el país más accidentado y estéril. Cruzamos lentamente otro puente de caballete, alto de unos setenta y cinco pies, en la parte superior de un valle describimos una rápida curva y nos encontramos en una elevada vertiente de montaña, á lo largo de la cual había sido abierto el camino, sobre una angostura profunda de 2.500 pies, envuelta en las tinieblas de la noche. Allá bajo parece que ha cerrado la noche, y los árboles están amortajados de tal modo por la obscuridad, que apenas puedo distinguirlos en el fondo del pavoroso abismo. Sólo veo destacarse claramente encima de nosotros contra el cielo las imponentes masas de verticales rocas, obscuras y terribles.

Resultó de mis indagaciones que aquella parte del camino se llama *cabo de Horn*. Tan cortado á pico está en este punto del precipicio que, al construirse la vía, fué preciso bajar los trabajadores sujetos con cuerdas por la superficie de la roca, haciéndoles sostener por hombres colocados en lo alto, hasta que pudieron abrir con los barrenos un hueco en el costado de la sima. Ya hemos subido á una altura de 3.200 pies sobre el nivel

CAPILLA ALFONSINA

del mar, y como es de suponer, el aire de la noche es cada vez más penetrante y frío. Como no podría ver gran cosa más por ahora, me veo en la necesidad de guarecerme en el interior del coche.

A las seis y media de la tarde hay parada en Alta para tomar el te á 207 millas de San Francisco y á una altura de 3.600 pies sobre el nivel del mar. Aquí hago una buena cena por un dólar, y es el primero que tomo desde mi salida de San Francisco. Si hubiese sabido lo cortas que se hacen las paradas y la distancia á que se hallan situadas las fondas á lo largo de la vía, me hubiera provisto ciertamente de una abundante cesta de merienda antes de salir; pero ya es tarde.

Después de una parada de veinte minutos sonó la gruesa campana, de nuevo tomamos asiento en el coche, y volvimos á marchar subiendo siempre. Ahora en realidad trepamos. Lo oigo por los fuertes resoplidos de la máquina y lo veo por la pendiente del camino. Desearía ver bien en torno mío, pues estamos pasando por uno de los más grandiosos paisajes de la línea. Las estrellas brillan resplandecientes sobre nuestras cabezas, y dan bastante luz para descubrir los manchones de nieve tendidos en las pendientes de las montañas á medida que avanzamos. La nieve es más continua conforme proseguimos la ascensión, hasta que sólo las obscuras rocas y los pinos se destacan en relieve contra su fondo blanco.

Comparaba yo el frío penetrante de la región montañosa con la hermosa temperatura veraniega que dejé atrás en Australia hace pocas semanas

solamente, y el calor más sofocante que experimenté en Honolulu diez días antes, cuando la máquina lanzó uno de sus formidables silbidos, como un toque de cuerno, y nos sumergimos en las tinieblas. Mirando por la ventanilla del coche vi que pasábamos bajo un toldo de madera, un vertedero de nieve, cuya cubierta se apoyaba en la montaña, para dejar paso por encima de la vía á la nieve y á los pedazos de roca que bajaban rodando de las alturas. Había muchas millas de vertederos semejantes á lo largo del camino. En la *Summit* (cima) atravesamos el más largo, que mide 1.700 pies.

Llegamos á la *Summit* á las diez menos diez minutos, después de subir 3.400 pies en una distancia de treinta y seis millas. Estábamos entonces á 7.000 pies sobre el nivel del mar, viajando por una elevada región montañosa. Por la mañana me encontraba en la costa cálida del Pacífico, y por la noche estaba en medio de la nieve de las Sierras. Pasada la *Summit* seguimos un camino bastante tortuoso, y aunque marchamos á gran velocidad durante una hora, como dábamos tantas vueltas, siguiendo el contorno de las montañas, sólo adelantamos siete millas geográficas. Llegamos luego á la *ciudad* de Truckee, sostenida principalmente por la producción de maderas. Era la última población de California, y bien pronto atravesamos los límites del Estado y nos internamos en el territorio de Nevada.

Pasada dicha estación, me acurruqué en mi banco, envuelto en la manta de viaje, y eché un

sueño. Fuí despertado por la parada en la estación de Reno, donde me desperecé y salí á dar un vistazo por los alrededores. Al bajar del coche estuve á punto de caer por lo resbaladizo que estaba el andén revestido de hielo. El suelo estaba cubierto de nieve y la helada era fuerte. Al final del andén la nieve formaba un montón de unos veinte pies de alto sobre la cubierta de un vertedero fuera de la estación. Hay dos clases de vertederos de nieve, unos que se usan en la llanura con cubierta puntiaguda para que la nieve se deslice á uno y otro lado, con lo cual se evita el bloqueo de la vía; y otros que se ponen en las laderas de las montañas formando pendiente sobre el camino para dar paso por encima á las avalanchas de nieve que se precipitan hacia el valle.

Pronto volví á subir, me envolví en la manta y dormí profundamente algunas horas. Cuando me desperté ya era de día; el sol penetraba por las ventanillas del coche, y echando una ojeada afuera, vi que atravesábamos una vasta llanura con montañas á uno y otro lado de nosotros. El conductor que pasa por el coche nos comunica que pronto llegaremos á Humboldt, donde habrá veinte minutos de parada para el desayuno. Veo que estamos á 422 millas de nuestro punto de partida y que durante la noche hemos cruzado el gran desierto de Nevada cubierto de salvia, donde tantos viajeros dejaron á blanquear sus huesos cuando se hacía por tierra el viaje á California, que ahora se salva tan rápidamente y sin

CAPILLA ALFONSINA

peligro, por medio de este ferrocarril. El tren llega á Humboldt á las siete de la mañana, y al descender encuentro un comedor espacioso y bien servido, con las mesas puestas, y una tentadora provisión de te y café calientes, jamón, carne asada, huevos y otros comestibles. Aseguro que he aprovechado bien mi dólar en el establecimiento de Humboldt y que hice *una comida en toda regla*, para usar el lenguaje del conductor.

Otra vez subimos y empezamos á atravesar las altas llanuras. No se ve otra vegetación que las matas de salvia alternadas de vez en cuando con manchones alcalinos, en los cuales ni la salvia crece. La región de la salvia se extiende desde Wadsworth hasta la estación de Monte-Batalla, en una extensión de doscientas millas. Sólo en las riberas, cerca de la estación, se ve alguno que otro pedazo de tierra cultivada; pero generalmente hablando, el país es estéril, y siempre lo será. Todavía estamos á cerca de 5.000 pies sobre el nivel del mar. Ya no tenemos nieve en los terrenos que nos circundan, pero las montañas que tenemos á la vista están nevadas. Aunque el día es espléndido y claro, y el interior del coche es caliente, con la chimenea constantemente llena de leña ardiendo ó de cok, el aire exterior es frío, penetrante y mordaz.

En Monte-Batalla, así llamado por un rudo combate que se libró allí hace algunos años entre los indios y los colonos blancos, la llanura empieza á estrecharse y las montañas se cierran de nuevo sobre el camino. Por primera vez vi allí numerosos indios shoshones, los primitivos naturales del país, con sus rostros pintados de rojo, y su basto cabello negro flotando sobre sus hombros. Las mujeres, que llevan sus pequeñuelos en chales echados sobre sus espaldas, se acercan al tren á mendigar dinero á los viajeros. Los indios tienen un tipo muy vulgar, y no pueden en modo alguno compararse con los espléndidos maorís de Nueva Zelanda. La única tribu que queda de indios hermosos es, según se dice, la de los sioux, y aun ésta se extinguirá pronto. En la lucha de las razas por la vida, parece que en ninguna parte los salvajes tienen la menor probabilidad de victoria, cuando se ponen en contacto con lo que llamamos *hombres civilizados*. Si no son destruídos por nuestras enfermedades ó nuestras bebidas, lo son por nuestras armas.

Ahora rodamos por la orillas del sosegado río Humboldt y lo remontamos casi hasta su fuente, en las montañas cerca la punta del gran lago Salado. De cuando en cuando cruzamos el tortuoso río sobre puentes de caballete, y pronto volvemos á encontrarnos entre montañas, penetrando en un desfiladero donde los imponentes peñascos aparecen suspendidos sobre la vía. Trepamos por las cuestas y pronto dejamos muy por debajo de nosotros la espumosa corriente del río. Los costados de la garganta suben cada vez más escarpados y altivos, hasta que de pronto, al describir una curva en el *cañón*, veo el pico del Diablo, inmensa masa dentada de rocas obscuras que se levanta perpendicularmente y se quiebra en nu-

CAPILLA ALFONSINA

merosas puntas, la más alta de las cuales se eleva majestuosamente á 1.400 pies sobre el nivel de la vía. Esto es lo que se llama el *Ten Mile Cañón*, cuyo arrogante espectáculo continúa hasta que salimos del desfiladero. Al fin volvemos á encontrarnos en campo abierto y poco después llegamos á la estación de Elko.

Evidentemente nos acercamos á un distrito más poblado que el atravesado últimamente. Dos pesadas diligencias han subido junto á la vía para tomar los pasajeros de Hamilton y de la ciudad del Tesoro, en el distrito minero argentífero del Pino Blanco, que distan unas 126 millas. Un largo tiro de mulas permanece estacionado con carga de provisiones destinadas á los mineros del mismo distrito. Elko es una población sin importancia, aunque no me extrañaría que aquí se le llamase ciudad. Consiste en su mayor parte en lo que se llamarían cabañas en Victoria, chozas de madera y lona, con los rótulos de *Salón*, *Casa de Comida*, *Comestibles*, *Taller de Pintor* y otros por el estilo, colocados encima de las más grandes. A juzgar por las numerosas personas que se agrupan en las tabernas, la población puede considerarse próspera.

La línea atraviesa ahora valles de aspecto más fértil y mucho más agradables de ver que las desoladas llanuras de la Nevada. El sol declina en mi segundo día de tren conforme atravesamos un hermoso valle rodeado de montañas á uno y otro lado. El suelo aparece otra vez cubierto por densas capas de nieve, y observo que volvemos á

CAPILLA ALFONSINA

subir un rápido declive, elevándonos mil pies en una distancia de noventa millas, con lo cual alcanzamos de nuevo una altura de 6.180 pies sobre el nivel del mar.

A las seis de la mañana siguiente llegamos á Ogden, en el territorio de Utah. Durante la noche hemos pasado el *gran desierto americano*, que se extiende en un espacio enteramente seco, de sesenta millas cuadradas ; de modo que no he perdido nada por haberlo atravesado dormido y envuelto en la manta de viaje. Las cercanías de Ogden están bien cultivadas y presentan un aspecto agradable. Ogden es una población activa, cabeza de línea del ferrocarril central del Pacífico y empalme con los trenes que se dirigen á la ciudad del lago Salado. En este punto empieza la línea de la Unión Pacífico y continúa hacia el este hasta Omaha.